

■ PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

■ **El acierto de Aspe**

■ **Dos reuniones episcopales**

De seguro, guardianes del buen nombre de México en el extranjero, como Romeo Flores Caballero o Agustín Basave, rebatirán las expresiones de Pedro Aspe ante los *Chicago boys*, de igual modo que combaterán a Jorge Castañeda, Adolfo Aguilar Zinser y Lorenzo Meyer por denigrar a México en el extranjero. Pero serán tan

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

injustos con el secretario de Hacienda como lo son con los académicos citados, porque aquél y éstos aciertan en sus señalamientos sobre la vida pública mexicana.

Satisfecho de su participación en la junta que el Banco Interamericano de Desarrollo efectuó en Nagoya, y de los avances para contratar nueva deuda, Aspe voló a Chicago para reunirse con la comitiva presidencial. Llegó de muy buen humor, ánimo favorecedor de la comunicación con públicos norteamericanos, que siempre agradecen un chiste como entrada o como remate de un buen discurso. El secretario mexicano de Hacienda, orgulloso de poder por fin hablar con personas inteligentes, como lo subrayó, lanzó *jokes* a diestro y siniestro (bueno, no: nada más a diestro, pero abundantes). Practicó la autocritica, y atribuyó, conforme al credo privatista, a las burocracias gobernantes la autoría del desastre económico mexicano. Si sólo hubiera admitido que otros factores, ajenos al gobierno (como la fuga de dólares y los lamentables términos del intercambio internacional) algo contaron en la desgracia nacional, su crítica hubiera sido por completo certera. Y además hubiera podido aplicarla no sólo al pasado, cuando gobernaron los políticos bebedores de tragos gratis, sino también al presente, regido por tecnócratas que toman bebidas *light* y las pagan. Porque si en esas conductas se diferenciaban, en los resultados de sus políticas económicas los de antes y los de hoy son exactamente iguales. Los del ayer felizmente superado juraban que su gestión era fructífera y patriótica y menospreciaban a quienes no lo creyeran, como los de hoy. Y en el futuro no faltará algún funcionario, de importancia eminente en ese tiempo por venir, incipiente *cuadro* en esta hora, que haga la acerba censura de los errores que cometieron al comenzar esta década quienes manejan las finanzas con tan deplorables resultados.

Aspe se reunió con académicos y empresarios en la ciudad de los lagos y los vientos. Tan entusiasmado estaba, que debieron interrumpirlo en su perorata, que se prolongaba en exceso y en donde expuso las causas de la política de privatización con simplismos asombrosos, quizá necesarios para ilustrar algunas de las causas de las desincorporaciones pero que, por un lado, eran en el mejor de los casos medias verdades y, por otro lado, no contribuían a prestigiar a la clase gobernante mexicana. Juro que no intentaré aquí la ardua tarea de defenderla de los juicios que uno de sus miembros virtió en el exterior acerca de ella. Pero sería sano que los partidarios de lavar la ropa sucia en casa le lanzaran los reproches consabidos, porque a menos que se crea que por magia se transformó la estructura administrativa mexicana, y quienes la operan, el buen nombre de México (así se dice, ¿no?) quedó por los suelos. Adicionalmente, hay que reprocharle a Aspe que actuara en sentido contrario a su jefe, el Presidente de la República, que ese mismo jueves.

AFICIONADO



El director general del Metro, Emilio Mújica Montoya, en el partido Pumas-Monterrey en el estadio de CU ■ Foto: Fabrizio León

en la misma ciudad, como lo había hecho en otras de Canadá y Estados Unidos, se esforzaba por lo contrario, por mostrar una imagen de respetabilidad y seriedad, dotes que hacen de los mexicanos sujetos confiables de una negociación internacional.

Al justificar la privatización de empresas el secretario de Hacienda contó sólo la mitad de la historia, como suele hacerse para cargar las tintas en la incapacidad administrativa gubernamental. Informó a su entusiasmado auditorio que el gobierno debió vender Focolare, un restaurante de lujo, porque cayó en quiebra a causa de que los políticos que allí comían y bebían tragos, no pagaban sus cuentas. El asunto es menos pintoresco y algo más complicado. Ese restaurante formaba parte de una empresa que incluía otros establecimientos y era propiedad del señor César Balsa. En 1967, la empresa privada quedó en bancarrota, y el gobierno constituyó, con ella y otros activos, Nacional Hotelera, cuyos establecimientos más conocidos eran los hoteles Presidente y el Del Prado. En 1985, una vez concluida la venta de las empresas que fueron propiedad de los bancos, el gobierno siguió con otras, apetecibles para inversionistas particulares. El grupo Turnal, de cuyo consejo de administración era presidente Agustín F. Legorreta, adquirió esa cadena hotelera, la segunda en importancia en México. Ya que el asunto fue aludido por el secretario de Hacienda, es oportuno solicitar que se explique quiénes se emborrachaban con cargo al fisco, si eso es verdad; y también que se informe de los términos de la desincorporación, pues en aquel momento quedó la impresión de que se trataba de un negocio de saliva, en que la operación de los hoteles y restaurantes sería bastante para cubrir los créditos gubernamentales con que se compró la *holding* turística.

El Presidente de la República, por su parte, insistió en todos los puntos de su gira (primera a Canadá, el eventual nuevo socio de México) y

enésima a Estados Unidos, en que su gobierno busca ciertamente un beneficio para nuestro país al proponer un Tratado de Libre Comercio, pero que no estaría dispuesto a pagar un precio muy elevado por ese acuerdo, consistente por ejemplo en admitir en México plantas industriales que ensucien el aire, el agua o el suelo. O sea que México no estaría en situación de convertirse en *backyard* de sus vecinos nortños, el patio trasero donde se arrojan los trebejos y los desperdicios. Fue asimismo enfático, en sus encuentros con mexicanos, en reiterar el deber mexicano de proteger a sus nacionales en el extranjero, para evitar que sean conculcados sus derechos humanos. Habiendo vuelto ayer por la tarde a suelo mexicano, es posible que el Presidente formule un balance de su viaje, al que nos remitiremos para examinar sus resultados.

Tal política de derechos humanos fue explicada aquí, por el responsable de aplicarla, a un auditorio sui géneris: el doctor Jorge Carpizo acudió el jueves 11 ante la Conferencia Episcopal Mexicana, reunida para recordar, con anticipación, el centenario de la encíclica *Rerum Novarum* (de las cosas nuevas) y también para reforzar la exigencia eclesiástica de un nuevo *status* jurídico. La presencia de Carpizo fue uno de los muchos gestos de acercamiento explícito practicados por el gobierno. Para usar la metáfora con que el próximo nuncio del Vaticano en México, el hasta ahora delegado apostólico ante la Iglesia mexicana, y representante papal ante el Presidente Salinas pintó el estado de la cuestión, se ha pasado ya de las citas clandestinas, en lugares secretos, como cumple al adulterio, al estado más discreto aunque igualmente impuro, del concubinato, del *matrimonio salvaje*, (*wild marriage*, dijo Prigione en inglés, con la sensibilidad que le ha hecho progresar tanto con el actual gobierno). De allí se debe pasar, sostienen el virtual nuncio y el Episcopado, a la sacramentación de ese enlace.

Semana de estudio sobre doctrina social de la Iglesia: así estaba definido el cónclave episcopal. La coincidencia de que a mitad de dicha semana se recordara a Emiliano Zapata, en el aniversario de su asesinato, y de que ello provocara movilizaciones de grupos campesinos, abrió la excepcional circunstancia de que la Iglesia, si como se advierte está resuelta a tomarla, dijera una palabra sobre la adversa suerte de los campesinos mexicanos, especialmente golpeados por una política económica que cree que la letra del privatismo sin subsidios con sangre entra. En vez de un acercamiento pastoral al tema del campo, el irredento vocero episcopal Genaro Alamilla prefirió el chismorreo frívolo sobre el ejido, lo que le mereció pronta respuesta de agrupaciones campesinas. Antes, el ex obispo de Papantla había tenido la osadía de llamar *canallas* a quienes se oponen a una nueva situación jurídica de la Iglesia y estorban al Presidente para que dé velocidad a esa decisión. Véase la intolerancia que aplicarán los gobernantes eclesiásticos tan pronto crezca su poder temporal.

El mismo lunes en que se abrió la reunión episcopal, una suerte de obispos laicos se congregaron también: era el centenar y medio de los miembros del Consejo Político Nacional del PRI. Instalado con solemnidad el 4 de marzo, empezó sus tareas sustantivas el 8 de abril. Si el propósito es hacer de ese cuerpo un órgano deliberativo, una especie de parlamento interno del PRI, costará trabajo que sus miembros se desentuman, que dejen de atenerse a la instrucción previa, único terreno en que la mayor parte de ellos ha solido moverse. No fue, sin embargo, pobre el saldo de esta inicial reunión. Claro que, como en toda junta para hablar y oír, hubo desbarramientos (como el del abogado Jesús González Gortázar, afanoso por hacerse notar en su inútil intento de ser candidato a senador por Jalisco); pero asimismo hubo voces como la de Cuauhtémoc Betanzos, líder juvenil de UNE, que instó a que se discutan de verdad temas relevantes; la de la senadora Julieta Guevara, quien propuso expresar apoyo priísta al Presidente Salinas en la negociación comercial en que se empeña; y la de Arturo Romo, que empujó esta resolución con razones tan de fondo como las inicialmente manifestadas.

El profesor Enrique Olivares Santana, que vuelve a la política encargado de la comisión nacional electoral del CPN, pidió *time* (aunque él, a diferencia de sus colegas y jefes más jóvenes, habla en español), y el Consejo obsequió su solicitud: por ello, las candidaturas del PRI al Senado, la Cámara y la Asamblea se resolverán formalmente sólo en mayo. Con su pulcritud característica (la elección presidencial de 1982, que le correspondió organizar como secretario de Gobernación no fue objetada por ningún partido), Olivares Santana contribuirá a decisiones políticas maduras, en el entendido de que, como escribió Heine, "el tiempo se venga de las cosas que se hacen sin su colaboración".